

9.º domingo ordinario C



*Si siguiera agradando a los hombres,
no sería servidor/a de Cristo. (cf. Ga 1,10)*

Primera lectura

1 Reyes 8,41-43

En aquellos días, Salomón oró en el templo diciendo: – Los extranjeros oirán hablar de tu nombre famoso, de tu mano poderosa, de tu brazo extendido. Cuando uno de ellos, no israelita, venga de un país extranjero, atraído por tu nombre, para rezar en este templo, escúchale tú desde el cielo, tu morada, y haz lo que te pide el extranjero. Así te conocerán y te temerán todos los pueblos de la tierra, lo mismo que tu pueblo Israel; y sabrán que este templo, que he construido, está dedicado a tu nombre.

Segunda lectura

Gálatas 1,1-2.6-10

Yo, Pablo, enviado no de hombres, nombrado Apóstol no por un hombre, sino por Jesucristo y por Dios Padre que lo resucitó, y conmigo todos los hermanos, escribimos a las iglesias de Galacia. Me sorprende que tan pronto hayáis abandonado al que os llamó por amor a Cristo, y os hayáis pasado a otro evangelio. No es que haya otro evangelio, lo que pasa es que algunos os turban para volver del revés el evangelio de Cristo. Pues, bien, si alguien os predica un evangelio distinto del que os hemos predicado – seamos nosotros mismos o un ángel del cielo –, ¡sea maldito! Os lo dije antes y os lo repito ahora: Si alguien os predica un evangelio distinto del que habéis recibido, ¡sea maldito! Cuando digo esto, ¿busco la aprobación de los hombres o la de Dios?; ¿trato de agradar a los hombres? Si siguiera agradando a los hombres, no sería servidor de Cristo.

Evangelio

Lucas 7,1-10

En aquel tiempo, cuando terminó Jesús de hablar a la gente, entró en Cafarnaúm. Un centurión tenía enfermo, a punto de morir, a un criado a quien estimaba mucho. Al oír hablar de Jesús, le envió unos ancianos de los judíos, para rogarle que fuera a curar a su criado. Ellos, presentándose a Jesús, le rogaban encarecidamente: – Merece que se lo concedas, porque tiene afecto a nuestro pueblo y nos ha construido la sinagoga. Jesús se fue con ellos. No estaba lejos de la casa, cuando el centurión le envió unos amigos a decirle: – Señor, no te molestes; no soy yo quién para que entres bajo mi techo; por eso

tampoco me creí digno de venir personalmente. Dilo de palabra, y mi criado quedará sano. Porque yo también vivo bajo disciplina y tengo soldados a mis órdenes, y le digo a uno: "ve", y va; al otro: "ven", y viene; y a mi criado: "haz esto", y lo hace. Al oír esto, Jesús se admiró de él, y, volviéndose a la gente que lo seguía, dijo: – Os digo que ni en Israel he encontrado tanta fe. Y al volver a casa, los enviados encontraron al siervo sano.

Meditación

El centurión es un soldado del ejército de ocupación de Roma, que mantiene el orden militar en Palestina. Su oficio no es nada fácil; los judíos han mantenido en todo tiempo una personalidad nacional muy fuerte y no se resignan a permitir que las águilas de Roma controlen los destinos de su patria. Por diversas partes del territorio se escuchan ya proclamas de guerra, que años más tarde desembocarán en un alzamiento masivo en contra del imperio. También se habla de las represiones sangrantes del poder establecido. Por todo eso, la situación de un oficial romano resulta necesariamente difícil y enojosa.

Pues bien, sobre este fondo se perfila nuestra historia. Lo primero que sorprende es el hecho, de que el centurión aparezca como amigo de los propios judíos. El texto precisa que les ama, es decir, no solamente les respeta en su cualidad de israelitas, sino que les ayuda a mantener su propia independencia humana y religiosa (les construye la sinagoga). Todo permite suponer que este soldado se ha venido a convertir en un prosélito.

Eran prosélitos aquellos griegos y romanos que venían a aceptar de alguna forma la herencia religiosa de Israel: compartían su monoteísmo, imitaban su honradez moral, participan de sus viejas esperanzas. Algunos llegaban a circuncidarse y de esa forma se convertían (al menos teóricamente) en auténticos israelitas. Este proselitismo judío fue muy fuerte en tiempos de Jesús, de tal manera que en algún momento se pudo prever que la religión judía llegaría a conquistar (espiritualmente) el imperio. Desde aquí se entiende la postura del centurión: conquistador de Israel en el plano militar había sido conquistado por Israel en el plano religioso.

Por el libro de los Hechos y por toda la historia de la iglesia antigua, sabemos que estos prosélitos escucharon gustosamente la voz del evangelio, convirtiéndose en cristianos. Paralelamente (sobre todo, después de la destrucción de Jerusalén en el 70 d. de C.) se produjo un repliegue en Israel, de tal manera que ya no se aceptaron más prosélitos. Este proceso es significativo: la iglesia de Jesús (universal en la proclamación de su fe) recibe la herencia que le dejan los judíos (cerrados ya en su nacionalismo religioso). Pues bien, la vieja historia que refleja nuestro texto supone que ese proceso ha comenzado a realizarse (y recibe su confirmación y su sentido) en la actitud de Jesús, que admira la fe del centurión y cura a su siervo.

Todo el relato presupone que las buenas obras que el centurión ha realizado constituyen un auténtico comienzo en el camino de la salvación (le introducen en el plano de Israel, tal como ha sido simbolizado y plenificado por Juan el Bautista). Sin embargo, es necesario que avancemos, aceptando (en fe) la plenitud del don de Dios que nos ofrece Jesucristo. Aquí es donde se revela la verdad del centurión, que es un prosélito pagano: mientras muchos judíos se quedan simplemente en las obras, el pagano penetra hasta la intimidad de la fe y acepta a Jesús como aquél que proviene de Dios y dispone de poder para lograr que el mundo encuentre la salvación (simbolizada en la curación del siervo enfermo).

El auténtico milagro de Jesús consiste en suscitar la fe. La plenitud del hombre empieza con las buenas obras y termina en la abertura hacia el misterio salvador de Dios, que ha introducido en el mundo su justicia salvadora. Una vez que se ha descubierto este misterio pierden su sentido los ejércitos de ocupación y todas las divisiones que enfrentan mutuamente a los humanos.